saludar tu nombre y para bendecir tu memoria. Muy triste es recordar cómo y hasta qué punto fué colmado de amargura tu corazón tan noble y bondadoso; pero es dulcísimo saber que en esa larga prueba tú supiste alcanzar la lira de los Profetas y la corona de los Mártires. Nosotros nos figurábamos que ibas á vivir siempre, porque te veíamos casi ángel por el heroísmo de tu virtud; pero si moriste al fin, porque eras hombre, nosotros te lloraremos y te ensalzaremos sin olvidarte nunca. Vos, Señor, sentiréis quizá querer asomarse las lágrimas á vuestros ojos, como lo están á los míos, al pensar en aquel padre amoroso, de quien recibisteis por la vez primera el manjar de los ángeles, que os alentaba en la desgracia y os hacía entrever la hora de la reparación con la prudencia del justo, que os daba testimonio de su paternal afecto en las mismas vísperas de su muerte. Sírvanos á todos de consuelo la seguridad perfecta de que la Cátedra de Pedro vivirá tanto como vivan los siglos. A Pío IX ha sucedido León XIII, ese Pontífice de sabiduría inmensa que está asombrando al orbe, y que, en su piedad ardiente, celebraba no há mucho, con muy especiales cultos, el vigésimoquinto Aniversario de la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María. A León XIII sucederá otro León, otro Pío ú otro Gregorio; y en cada uno de esos hombres, ya triunfante, ya oprimido, el mundo católico ha de venerar siempre al Pontífice-Rey; como Pontífice,

infalible; y como Rey, el más grande de los Reyes.

Nó; que no esperen jamás ni el error, ni la impiedad, ni la violencia, que la Iglesia Católica, cuya piedra angular es Jesucristo, cuya Protectora y Madre es María, cuyo centro de unidad es la Silla Apostólica, sucumba á sus ataques. Ya en el trascurso de los tiempos se formaron contra ella coaliciones terribles, se conjuraron para derribarla enemigos formidables; los sectarios de Arrio, de Pelagio, de Nestorio, de Focio, de Pedro de Bruis, de Amaury de Chartres, de Wiclef, de Juan Hus, de Jerónimo de Praga, hasta llegar al siglo XV; después, la herejía de Lutero, los Socinianos, los Jansenistas, los filósofos del siglo XVIII, hasta haber habido ciertos momentos históricos en que la Iglesia Católica nos hace el efecto de esas torres inclinadas en el espacio, en Zaragoza y en Pisa, maravillas del arte, que, al contemplarlas, tienen como suspenso el ánimo, pareciéndonos temeridad ó locura el valor de vivir á su sombra. Pero ¡ah! en esos momentos críticos de la historia es cuando el verdadero cristiano exclama tranquilo con la voz de San Ambrosio: «Pa»rece como que la Iglesia va á faltar, pero no fal»ta: se podrá oscurecer, pero jamás caerá» (1).

Debiendo ya resumir el presente discurso, di-

(1) Videtur Ecclesia sicut deficere, sed non deficit: obumbrari potest, deficere non potest. *Hexam.*, lib. IV, cap. IV.

remos que la gloria y la majestad de Dios exigen que el pecado no manche ni un solo instante la santidad de María; que esa plenitud de la gracia, de que es María adornada desde el primer instante de su sér, es la refulgente auréola con que el Altísimo comienza á demostrarla su predilección eterna; que ese Misterio, manifestado con creciente claridad en el tiempo, y declarado dogmáticamente en nuestros días, ha afirmado la autoridad y el poder de la Iglesia Católica, porque María ha querido como compartir con ella su grandeza, recibida abundantísimamente del Eterno, y consignada de este modo en el más sublime de los cánticos: AQUEL QUE ES PODEROSO HIZO PARA MÍ COSAS GRANDES. *Fecit mihi magna qui potens est.*

Aquí, Señor, no puedo renunciar sin pena á presentar algunas consideraciones sobre la misión importantísima que está reservada al culto de María en la marcha de las sociedades modernas. ¡Ah! Yo abrigo la convicción profunda de que no está lejano el día en que el Catolicismo obtenga el triunfo más completo sobre sus enemigos, y es porque veo cruzar en todas direcciones la devoción de María, como preparando poco á poco el gran milagro. Paréceme estar simbolizada por San Juan en aquella Ciudad «que descendía del Cielo de la »presencia de Dios, y tenía un muro grande y alto »con doce puertas, y en las doce puertas doce án»geles. Por el Oriente tenía tres puertas, por el »Septentrión tres puertas, por el Mediodía tres

»puertas, y tres puertas por el Occidente. Y esa »Ciudad no há menester ni sol ni luna que la alum»bren, porque la claridad de Dios la alumbró y la »lámpara de ella es el Cordero. Y sus puertas no »serán cerradas de día, porque no habrá allí no»che. Y á ella llevarán su honra y su gloria los »reyes y las naciones» (1).

Por esas puertas habrán de ir penetrando sucesivamente todos los pueblos de la tierra. El mismo infiel hallará el culto de María tierno y consolador, y no sabrá resistir á su influjo. La India dejará á Brahma por Jesucristo, y derribará las ocho Madres de los seres creados, para colocar á la Madre del Increado Verbo. Cades, Sión y Jericó le presentarán de nuevo la palma, la rosa y el ciprés que vieron los primeros días de la Religión, y hoy dan sus perfumes á la Media Luna. El Nilo y el Senegal le llevarán también sus olorosas acacias; la Arabia, su aromática mirra; el Atlas, sus ricas datileras; la China y el Japón, esas graciosas camelias que vinieron á adornar nuestros jardines europeos; la América sus hermosas magnolias, y sus pintadas aves la Oceanía. ¡Oh, y cómo sonríe á la imaginación este dulcísimo pensamiento, que tal vez está cerca de realizarse!

He concluído, Señor, y me resta sólo expresaros cuán grato ha sido para mí ensalzar los mis-

---

(1) Apoc., XXI.

terios de nuestra fe en este lugar santo y en presencia de un Monarca de cuyos augustos padres recibí beneficios que no he olvidado nunca ni olvidaré jamás; beneficios que me hicieron pedir incesantemente al Altísimo por el triunfo de vuestro derecho y la gloria de vuestro porvenir. Vos, Señor, sucesor de Fernando III, aquel gran Rey, tan devoto de la Santísima Virgen, y cuyo último suspiro fué como un rompimiento de gloria en su estancia para edificación de los Príncipes; Vos, que contáis por uno de vuestros abuelos á aquel Felipe V, que, al abdicar en su hijo la corona, le dirigía una carta tan singularmente piadosa, que parecía inspirada del Cielo, Vos seréis siempre devotísimo de la Concepción Inmaculada de María y el Príncipe más amante y más amado de la Iglesia Católica y de su Pastor Supremo.

Vuestra Esposa, Señor, nieta de aquel Rodulfo de Hapsburgo, que, habiendo encontrado en uno de sus viajes un Sacerdote que llevaba el Viático, le cedió su propio caballo, tomó las riendas de éste, condujo al Ministro del Dios vivo á casa del enfermo, y áun le volvió á su iglesia; piedad que le mereció un reino, cuya corona está asentada todavía en las sienes de sus descendientes; vuestra Esposa, amantísima de la Virgen María, con aquella devoción entusiasta de muchos de sus egregios progenitores en sus peregrinaciones al Santuario de María-Zell, vuestra Esposa es una esperanza para el Catolicismo y un ornamento de gloria y

de amor para nuestra Patria. ¡Ah! Que el Dios de las misericordias haga muy dilatados y felices los días de vuestro reinado! ¡Que el Cielo prolongue la vida de vuestras excelsas y amorosísimas madres, que hoy honran con su presencia y con sus piadosas acciones este suelo de España! ¡Que él os conceda gozaros en la ventura de vuestras reales familias, en el bienestar de vuestros súbditos y en la concordia inalterable de vuestros respectivos pueblos! ¡Que los hijos, sobre todo, que os ha otorgado, y os otorgará todavía la Providencia, pertenezcan á aquellas generaciones benditas que sólo tienen obediencia y amor para sus padres!

Elevemos ahora nuestra mirada y nuestro espíritu hacia el Altar cristiano, y digamos á la Inmaculada María con el acento purísimo del alma:

¡Dios te salve, Virgen del casto amor y de la santa esperanza! Tú eres la Reina de las eternales mansiones, y los seres angélicos te sirven como á Señora y Soberana. *Ave, Regina Cælorum, Ave Domina Angelorum.*

¡Dios te salve, foco de luz divina que alumbra al mundo en sus tinieblas; faro de consolación que trae á puerto seguro al que naufraga en la mar procelosa de la vida! *Salve radix, Salve porta, ex qua mundo lux est orta.*

¡Gózate en tu poder y Majestad, Virgen gloriosa! ¡Gózate igualmente en tu hermosura, de la que Judith, Raquel y Ester fueron bosquejos im-

perfectos! *Gaude*, *Virgo gloriosa*, *super omnes speciosa.*

¡Adiós, adiós, hermosa y santa sobre todas las criaturas! Dirige una mirada de misericordia sobre tus hijos que te imploran, y ruega al tuyo que nos haga partícipes de la eternal morada. *Vale, o valde decora, et pro nobis Christum exora.*

Esta dicha inefable es, Señor, la que mi corazón os desea, y desea para todos, en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN FÚNEBRE

DE

S. M. EL REY D. ALFONSO XII DE BORBÓN

(Q. S. G. H.)

PRONUNCIADA

POR ENCARGO DEL GOBIERNO DE S. M.

EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

DE ESTA CORTE,

EL 26 DE NOVIEMBRE DE 1886.